Tentativa de corregir los errores

Sobre el fondo del cielo estrellado se destacaba muy nitidamente el contorno del edificio de la escuela. En una noche de marzo iluminada por la luz de la luna, se podía ver muy bien cómo dos muchachos trepaban por un alto abedul al tercer piso, hacia la sala de los maestros. Al llegar a la ventana ansiada, ellos abrieron con cuidado la ventanilla con un cuchillito, y el más pequeño, Petya Filipov, que todos lo llamaban Filia, penetró por la misma al interior y desde adentro abrió a lo ancho la ventana. Otros dos muchachos se escondieron abajo entre las ramas del arbusto de lilas, y desde allí observaban el patio de la escuela. Después que los dos habían penetrado en la sala de maestros, ellos también comenzaron a trepar de una rama a la otra, apurándose a tomar parte personalmente en la gran empresa de "corrección de errores".

El muchacho de cabellera castaña, Yuri Lisochkin, era el segundo que entró al aula de los maestros, mucho más robusto que el primero, vestido con una camperita corta y bufanda azul. Encontrándose ya en la habitación oscura, de inmediato cayó sentado en la primera silla que encontró allí cerca y quedó mirando fijamente a la pared. Dos meses antes él estuvo parado aquí ante los maestros y daba la promesa de no faltar más a las clases. En aquel entonces de la misma manera miraba fijamente a la pared, donde estaba colgado un retrato grande de un hombre de rostro redondo. Ahora la luz de la luna por momentos entraba en la habitación y luego se perdía por el movimiento de las ramas del abedul debido al viento leve, deslizándose directamente por la calvicie de Jruschev, apenas se detenía y desaparecía vaya saber hacia dónde. Al muchachito le parecía como que era él que acariciaba la cabeza calva y grande del principal hombre en el país, y con voz suplicante, rogaba: "No le digas a nadie. ¿Está bien? No hace falta contarle a nadie..."

Para ese momento Filipov ya encontró en un rincón alejado, casi en la misma puerta, un armario grande y comenzó al tacto, como si repasara las cuerdas del violín, revisar con sus finos dedos todas las tablillas. Finalmente encontró la cerradura, la forzó con una palanquilla y las puertas se abrieron. Las libretas de registro de los alumnos estaban colocadas en fila ordenada en los estantes. En las tapas del encuadernado se veían claritos los números de los grados, escritos con tinta gruesa.

—Espéranos —gritó el muchachito rubio con abrigo claro y el gorrito de igual color, era Serguéy Bogdánov, el tercero de los adolescentes que logró entrar por la ventana. Al cruzar la peana había volcado un montón de cuadernos que estaban allí y en esos momentos trataba de juntarlos.

El cuarto de ellos, de pelo negro azabache, llevaba puesto nada más que el uniforme escolar y bufanda en el cuello, se llamaba Vladimir Spivak, chocó con Bogdánov que estaba juntando del piso los cuadernos, y se cayó de la peana. Al caer, un pie acertó entre la pared y la mesa, y con mucha dificultad trataba de salirse de allí.

—¡No hagas ruido! —profirió a este último el que estaba sentado en la silla y "acariciaba con la mano" la calvicie del destacado personaje, después se dio vuelta hacia Filipov que estaba mirando las libretas, y con convicción agregó:— Hay que llevarse varias, de lo contrario se darán cuenta de inmediato.

Los muchachos se esparcieron por toda la sala de maestros, festejando en su interior el triunfo sobre todos los maestros del país. El sólo hecho de encontarse en el estado mayor del enemigo, directamente los embrujaba. Era interesante. Todo les atraía la atención. ¿Qué había sobre la mesa? ¿Qué había en las mesitas? ¿De quién eran los cuadernos? Aunque casi nada se podía ver debido a la oscuridad.

A lo largo de las ventanas de la sala de los maestros estaban distribuidos los escritorios y muchas sillas. Bajo las mesas y sillas estaban tirados desordenadamente los calzados femeninos. Del otro costado estaban muy juntos los armarios de formas y alturas distintas con puertas la mitad con vidrios. En la habitación faltaba ventilación, lo que acumulaba un olor a calzado y a tiza humedecida.

Sin esperar a sus compañeros en la faena, el delgaducho Petya Filipov, de uniforme escolar nuevo, con las solapas del cuello recortadas como usaban los Beatles, con un movimiento brusco tomó siete boletines encuadernados con tela plástica marrón que se encontraban a la derecha, los metió bajo la solapa de la chaqueta y se largó hacia la ventana. Ahora, con todas las células de su organismo delgaducho, sentía que era el poseedor de importantísimos documentos de actualidad. Precisamente este "Talmud" del séptimo grado "B" daba a los cuatro participantes del evento secreto la remota posibilidad de poder terminar el tercer cuatrimestre con notas "tres", aunque él personalmente corría el riesgo de recibir un aplazado en matemáticas. ¡Pero a partir de ahora todo cambiará! ¡Ahora apareció una buena chance!

De repente en el corredor se oyó un ruido de pasos que se acercaban rápidamente. Este podría ser únicamente el maestro de manualidades. Todos los alumnos de la escuela lo querían mucho. El maestro Vasilievich les permitía en cualquier momento trabajar y construir algo que les gustaba. Simplemente por amor al arte. Era inválido de la guerra, había perdido en el frente de batalla la mano izquierda, con frecuencia pernoctaba en la escuela en una habitación próxima a la sala de tiros, no tenía familia. Los alumnos, durante sus andanzas y recorridos nocturnos en el sótano sin linterna y sin fósforos, lo vieron muchas veces por allí. Pero ahora, como a propósito, aparece en el tercer piso en el mismo momento de sus "emprendimientos".

Los muchachos no estaban preparados para tal giro de la situación. Además, ellos no tenían nungún plan "B", es decir, un plan para una inmediata retirada. Comenzó el pánico. Todos vieron como Spivak ya no tenía miedo de hacer ruido y con fuerte crujido de la pata que se rompía del mueble logró salirse de la trampa entre la mesa y la pared, y en un segundo apareció en la peana de la ventana. Todos los cuadernos que acababa de juntar Serguey, de nuevo cayeron al piso; Bogdánov escuchó bien cómo Spivak gritó algo. Sin perder tiempo en busca de un apoyo confiable, Vladimir rápidamente, como un mono, se largó hacia abajo, saltando de rama en rama, pero usando solamente las manos. Estando ya en la tierra se puso de pie y echó a correr.

En un instante, sujetando con la mano los cuadernillos que guardaba bajo la solapa de su saco, subió a la peana el diminuto Filia. ¡Que fácil era subirse por las ramas del árbol y penetrar por la ventana al interior! Pero otra cosa resultó bajar. No quedaba tiempo para calcular la trayectoria, menos aún para bajar paso a paso por la corniza angosta de la pared del edificio. El chico sin pensarlo mucho saltó directamente a las ramas del abedul, habiendo decidido que con sus manos se agarraría de la rama más próxima y gruesa. Rompió su chaqueta al engancharse de las ramas más finas, los cuadernillos escolares cayeron al suelo, pero él se quedó colgado de una rama sin tener ninguna posibilidad de alcanzar otra rama, ni mucho menos, el tronco

del abedul. Sería por el disgusto o porque le invadió el miedo y el dolor, comenzó a lloriquear, sin decidirse dar un grito pidiendo ayuda.

En el aula todavía estaba oscuro. Bogdánov se encontraba en el rincón del fondo de la habitación grande, detrás de los armarios, y no vió a nadie, en cambio Yuri Lisochkin esperaba con desesperación que baje de la ventana Filia. Al no llegar su turno, Yuri se escondió detrás de una pesada cortina. En ese mismo instante se prendió la luz.

Serguey, comprendiendo que sin falta lo descubrirían en unos instantes, se lanzó hacia el más alejado armario con globos terráqueos y mapas, abrió una de sus puertas, sacó afuera un globo terráqueo negro con estrellitas blancas, se metió entre dos estantes mas bajos y se tapó muy mal con un mapa enrollado de la Cuenca del Artico. Habiéndose acurrucado, con esfuerzo lo máximo posible se ingenió con la punta de su calzado entrecerrar la puerta del armario. Solamente una. El corazón le latía tan fuerte que el muchcho se asustó e incluso comenzó a pensar en salir de su escondite. Suponía que, de todos modos, lo oirían y lo descubrirían.

Por la ventana, de afuera penetraba el lloriqueo y el resoplido de Petya Filipov.

Al entrar en la sala de los maestros, Vasilievich se detuvo un instante y apretó la llave de luz que se encontraba a la izquierda de la puerta. La sala grande de inmediato se llenó de luz. Adelante, sobre la fila de mesas, brillaban los vidrios de las ventanas. Sólo una de ellas tenía un tono grisáseo por donde penetraba en la habitación una corriente de viento frío primaveral. Desde allí también llegaba un llanto sordo. El maestro de manualidades a pasos firmes se acercó a la ventana, miró hacia abajo y vio a poca distancia al muchachito colgado con las manos debilitadas. El maestro se inclinó, apoyándose en la peana de la ventana.

—¡Eh! Sujétate fuerte, ya te ayudaré—. Al no encontrar a mano nada apropiado, el maestro de manualidades se agachó por la ventana y sujetándose sólo con la punta de los pies al radiador de calefacción, pasó la mano al muchcho diciéndole: —¡Agarra! ¿Logras alcanzar la mano? ¡Dale! ¡Dale! Un poco más...

Por lo visto ni siquiera podía pensar qué es lo que estarían haciendo sus discípulos, qué estaba pasando allí. Lo primero era levantar al delgadito muchacho, de otro modo se caería y se reventaría. Abajo, precisamente cerca del árbol, estaban apilados bloques de hormigón armado que habían preparado los constructores todavía en invierno para construir la futura acera. Por la ventana abierta vivamente iluminada, sobre los bloques caía una luz que, con el juego de las sombras, impresionaban ser aún más espantosos.

En ese momento, el que se había escondido, salió de detrás de la cortina y a hurtadillas pisando el parket y tratando de que no lo advirtiera Vasilievich, quiso abandonar la desafortunada sala de maestros, salir al corredor y ya allí... Al oír ruido a sus espaldas el maestro de manualidades, inclinado tratando de estirarse aún más abajo para alcanzar a Petya Filipov con su única mano, giró de pronto su cabeza en dirección a la luz...

—¡Lisochkin! —exclamó severamente él al reconocer a su alumno—. ¿Qué haces aquí?

Todo se derrumbó como un castillo de cartas. Al principio todo iba tan bien: restaba solamente en silencio, sin atraer la atención de nadie, retirarse de ese lugar del delito... Y ahora lo reconocieron. ¡Basta! Una enorme carga de maldad llenó todo su consciente que ahora se vengaba de sí mismo, del pequeño Filia, quien continuaba chillando detrás de la ventana, y también de este maestro inválido con tres brillantes distinciones coloridas que las lucía en la solapa de su vieja chaqueta...

Yuri Lisochkin, sin comprender qué hacía, de nuevo se escondió detrás de la cortina. El maestro giró un po-

quito e hizo un pequeño paso a un costado. La cortina de pronto se estiró bruscamente arrancando de la pared de ladrillo una pesada corniza de madera junto con los tornillos que estaban insertando en la madera. No se sabe si fue el maestro que pisó la pesada cortina de color bordó, u otra cosa ocurrió...

Con una punta la corniza golpeó fuerte a Lisochkin justo en la cabeza, después la otra punta le cayó con mayor fuerza aún en el cuello del maestro Vasilievich. El centro de gravedad por un instante cambió de sitio, los pies del maestro de manualidades se separaron del piso, se elevaron... Otro instante más y el maestro desapareció cayendo al otro lado de la ventana...

Desde abajo Petya pudo ver cómo el maestro Vasilievich al principio se aflojó todo, después lentamente se volcó por la ventana abierta y se deslizó hacia abajo a lo largo de la pared. Incluso ni trató de agarrarse con la mano por el borde de la pared o de las ramas del abedul, cayó directamente sobre los bloques de hormigón y no se movió más.

Tal vez por el miedo de lo que había visto o instintivamente procuraba a toda costa desaparecer de ese lugar, Filia con todas sus fuerzas se balanceó en la rama, aflojó las manos y saltó para agarrarse de otra rama más abajo, pero al no poder alcanzarla con las manos, se deslizó hacia otra más abajo, de todos modos no lo logró y se cayó... Por suerte ya no estaba tan alto, no obstante se golpeó fuerte. Rengeando y tapando con la palma de la mano la camisa blanca en la zona de la barriga, de donde comenzaba a filtrarse mancha de sangre, se acercó a Vasilievich. Los ojos abiertos e inmóviles del maestro, en los cuales se reflejaba la fuerte luz de la ventana del tercer piso, miraban al muchachito. Bajo la cabeza del maestro corría en distintas direcciones un líquido oscuro. Petya tocó con su dedo ese charco y lo olió. Después acercó a los labios su palma de la mano mojada por la sangre, la olió y pegó un salto con intención de huir. Pero al segundo se arrepintió. Recordó que alguien le había dicho como que en los ojos del finado quedaba la imagen de la última persona vista por él en vida. Por eso, poniéndose de cuclillas al lado del cuerpo inmóvil, sin darse cuenta, el muchachito empezó insistentemente a fregar con la palma de su mano los ojos de Vasilievich. Al cabo de un tiempo, tal vez porque se tranquilizó creyendo que logró borrar la prueba material, o porque se dio cuenta que hacía una tontería, el muchachito se levantó, miró a su alrededor y se alejó rápidamente, agachándose mucho y cojeando con el pie derecho.

Después en la ventana apareció Lisochkin. Lentamente se sentó en la peana de espaldas a la sala de los maestros, con la mano se tocó la cabeza, luego levantó la palma de la mano hacia su rostro y la miró. Balanceándose se desplazó por el borde de la pared que todavía tenía vestigios de hielo —por eso el muchacho varias veces resbaló con un pie, pero sin caer—, se acercó al árbol y con mucho cuidado pasó de una rama a la otra, deteniéndose algunas veces, bajó al suelo.

Allí, en torno del abedul, estaban desparramados los boletines escolares, y un poco más lejos, sobre los bloques alargados, en una posición un tanto incómoda, con el pie derecho doblado hacia un costado, se encontraba el cuerpo del maestro de manualidades. Sus ojos y mejillas estaban empapados en sangre. Lisochkin no se le acercó. Tampoco se puso a juntar los boletines escolares, solamente recogió un par de ellos que estaban tirados cerca, echó una mirada a sus alrededores y desapareció en la oscuridad.

Sólo al cabo de una hora la sala de los maestros abandonó el último del grupo. Abajo el vio ese espantoso cuadro. Por el susto, no pudo imaginar nada positivo, no obstante, pensó que habría que llamar a la ambulancia. Pero ¿cómo hacerlo? Se quedó parado, indeciso, mirando unos tres minutos el cuerpo inerte del maestro, y sin haber imaginado alguna solución, se dirigió a su casa...